

Historizando al Historiador: **Alberto Flores Galindo**

ALBERTO FLORES GALINDO: UTOPIA, HISTORIA Y
REVOLUCIÓN. CARLOS AGUIRRE Y CHARLES WALKER
(Lima: La Siniestra editores, 2020)

PETER ELMORE



Un libro agudo y polémico sobre uno de los más grandes historiadores peruanos del siglo XX es también una invitación a pensar en las tareas pendientes de la intelectualidad peruana en la víspera del Bicentenario. Carlos Aguirre y Charles Walker van mucho más allá de la conmemoración y el homenaje: sitúan a Alberto Flores Galindo como un interlocutor indispensable.

La muerte temprana de Alberto Flores Galindo, el historiador más destacado de su generación, la del 68, fue una de las peores pérdidas en la terrible década de los 80. Tito Flores, como lo conocimos todos, tenía cuarenta años cuando murió en 1990. Asombra que en tan poco tiempo llegara a producir una obra tan sustantiva y prolífica: siete vastos tomos forman sus Obras completas. No asombra, en cambio, que la presencia y la influencia de Flores Galindo se mantengan a puertas del Bicentenario de la declaración de independencia del Perú.

A treinta años de su muerte, sigue vivo y vigente lo que Tito Flores escribió sobre los muchos y cruciales temas que animan su producción: las mentalidades populares, las sociedades regionales, el autoritarismo y la violencia en nuestra vida nacional, el racismo colonial y republicano, las vicisitudes del pensamiento radical y la emergencia de las clases trabajadoras en el registro histórico. Además, sin los aportes de Flores Galindo no entenderíamos del mismo modo a Túpac Amaru II ni a José Carlos Mariátegui, para mencionar solo a dos figuras clave de nuestra historia.

Amplia y rica como fue, la obra del historiador no se agota en artículos y libros. Abierto al diálogo (y, con frecuencia, a la polémica), Tito Flores fue un interlocutor estimulante en varios espacios: la universidad fue uno de ellos. De largas conversaciones con él se nutrieron historiadores hoy maduros. Entre ellos, Carlos Aguirre y Charles Walker, los autores de Alberto Flores Galindo: utopía, historia y revolución. No se trata de una biografía, sino de un muy logrado esfuerzo por situar y entender tanto el pensamiento como la práctica de un intelectual mayor: Aguirre y Walker, de un modo riguroso y crítico, historizan al historiador.

Son seis los capítulos de Alberto Flores Galindo: utopía, historia y revolución. El primero (“Entre la utopía andina y la utopía socialista”) lo firman los dos autores. Los capítulos restantes son de autoría individual, pero es evidente que el diálogo constante entre ambos historiadores le da unidad al volumen. La pertinencia de Flores Galindo en el umbral del bicentenario de la independencia peruana, su rol como intelectual público y representante de una cultura política de izquierda, la posición del autor sobre Sendero Luminoso y la revolución cubana,



así como su estilo y sus lecturas, son los asuntos que Aguirre y Walker abordan con penetración y agudeza.

Antonio Cisneros, Sinesio Lopez, Tito Flores Galindo, y Cancho Larco en La Habana
Fotografía de Luis Peirano

Un interlocutor presente

La relación de Carlos Aguirre y Charles Walker con la persona y la obra de Flores Galindo es profunda y de larga data. Como señalan ellos: “Fue gracias a Tito que nos conocimos, en la primavera de 1988, y desde entonces hemos mantenido una cercana amistad alimentada por preocupaciones historiográficas y culturales comunes. Nuestro primer trabajo conjunto, el volumen de ensayos *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*, fue en gran medida inspirado por el trabajo de Tito y se hizo realidad gracias a su apoyo”. El bandolerismo y el milenarismo (ese fenómeno religioso y social que nutre a la utopía andina, el tema que articula los ensayos de *Buscando un inca*) están estrechamente ligados, como

lo muestran autores tan distintos como Eric Hobsbawm en su muy influyente *Rebeldes primitivos* y Mario Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo*. Buscando un inca es el libro más polémico y más divulgado de Flores Galindo: a su difusión han contribuido Aguirre y Walker con la traducción al inglés y la publicación de *In Search of an Inca* (Cambridge UP, 2010).

Al comentar la rica y versátil obra de Flores Galindo, Aguirre y Walker señalan que el aporte más ambicioso del historiador “fue la noción de utopía andina, un concepto que usaría como hilo conductor en la fracturada historia del Perú desde la conquista española hasta el presente”. Ya los ensayos de ese libro lo habrían justificado, pero en la misma década —la de 1980— en la que publicó *Buscando un inca*, la actividad del intelectual público que fue Alberto Flores Galindo resulta asombrosa. Sin duda, la última década de su corta vida fue de “vertiginosa productividad intelectual”. Apuntan los autores: “Además de los textos que luego formaron *Buscando un Inca*, su producción incluyó numerosos ensayos, volúmenes editados y libros sobre una variedad de temas, al tiempo que continuaba dando clases en la universidad, ofreciendo conferencias y consolidando un centro de estudios socialistas (SUR) y *Márgenes*, una revista de ensayos culturales y políticos. Completó su tesis doctoral en 1983, una historia social de Lima en la transición de la colonia a la república que se publicó como libro en 1984”. Ese libro es *Aristocracia y plebe*, que en una segunda edición lleva por título *La ciudad sumergida*.

Escribir en el Perú

Solemos pensar que el medio académico y los círculos intelectuales del Perú no son propicios a la creación y la reflexión. Faltan bibliotecas especializadas, las cargas de enseñanza son muchas veces agobiantes, comparativamente bajos los sueldos y, por si fuera poco, el apoyo a la investigación es insuficiente. Las quejas son conocidas y no son injustas. Pueden servir para explicar, en parte, por qué muchos intelectuales no han podido alcanzar su potencial. No sirven, por obvias razones, para entender cómo Flores Galindo realizó su obra.

A pesar de sus dos años de estudios en París y de ocasionales viajes al extranjero, Alberto Flores Galindo escribió e investigó sobre todo en el Perú. ¿De qué manera lo hizo? Con sagacidad, Aguirre y Walker esclarecen los estímulos y las condiciones que, dentro de su propio país, le permitieron ser tan fecundo. En esa tarea es ejemplar el ensayo de Aguirre, “Cultura política de izquierda y cultura impresa en el Perú contemporáneo: la formación de un intelectual público”. Los círculos de estudio entre los jóvenes militantes universitarios en los años 60 y 70, el prestigio del libro y la lectura entre la juventud radical, el “activismo impreso” en revistas y publicaciones, así como la aspiración a reducir o borrar las fronteras entre el diálogo académico y el debate político, son algunos rasgos de esa “cultura política de izquierda” en la cual se formó y a la que contribuyó Flores Galindo. En su caso, hay una clara continuidad entre el artículo dirigido a un público amplio y el libro de investigación: el primero esboza lo que después habría de desarrollar a profundidad.

Otro capítulo debido a Aguirre, “Una pasión correspondida: Flores Galindo y la literatura”, complementa la visión de lo que podríamos llamar el taller del historiador. Lector ávido y agudo de novelas —desde *Crimen y castigo*, de Dostoievski, hasta *Cosecha roja*, de Dashiell Hammett— Flores Galindo demuestra en su obra el talento de quien sabe contar historias, al punto de que en su escritura la palabra ‘argumento’ suele cumplir con sus dos sentidos: el de razonamiento que se demuestra y el de encadenamiento de hechos organizados en una trama. En *Buscando un Inca* eso es notorio, pues ahí Flores Galindo narra la historia de una idea que es también un relato: el tropo de la vuelta del Inca cifra tanto la lucha por el bien perdido como la afirmación de un futuro alternativo. Menos obviamente, esa doble dimensión expositiva y narrativa se percibe también en *La ciudad sumergida*, que presenta a la sociedad limeña de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX como un drama de turbias tensiones y violencias mutuas que no llegan a resolverse. Ese libro puede leerse como la contraparte oscura de las festivas y ligeras Tradiciones peruanas, de Ricardo Palma.

Flores Galindo lo ubicó dentro de una larga tradición de autoritarismo y violencia en el Perú. Su aporte más duradero sobre lo que sucedió en la década de 1980 radica, justamente, en la comprensión de que el baño de sangre -insólito y aterrador como era- no ocurría al margen o en contra de la historia peruana.

Los pasados posibles

En la víspera del Bicentenario, Charles Walker se pregunta qué ha hecho la historiografía peruana reciente para entender las luchas de independencia. Su respuesta es tajante y, seguramente, no le ganará amistades en el gremio: “No se ha publicado en los últimos 25 años ninguna monografía que haya transformado el campo, y de muy pocas puede decirse que su lectura sea imprescindible”. En contraste, cuando el Perú republicano cumplió 150 años hubo un debate intenso y revelador sobre el significado y el carácter de la gesta independentista. Heraclio Bonilla y Karen Spalding, que impugnaron las ideas recibidas sobre el nacimiento de la república, fueron el blanco de no pocas críticas de patriotas indignados. Walker menciona también a Scarlett O’Phelan y sugiere que “al examinar las guerras de independencia, el trabajo de Flores Galindo merece una presencia mucho mayor que la que tiene en la actualidad” ¿Por qué? La respuesta es persuasiva: “Necesitamos examinar la utopía andina, el federalismo y las diversas variaciones del realismo que surgieron, cayeron, pero persistieron entre 1805 y 1824”. Tendemos a pensar que el pasado no pudo ser de otra manera: es útil recordar que ninguna fatalidad determina las vidas colectivas. Eso vale

para nosotros ahora y fue cierto también en el presente de los peruanos de principios del siglo XIX. Esta certeza se aplica con igual validez al Perú de la década más cruel y crítica del siglo XX, la del 80.

Sendero y los 80

Precisamente, el otro capítulo que aporta Walker trata de la visión que, en el momento mismo de los hechos, tuvo Flores Galindo de la guerra interna y de Sendero Luminoso. Se recuerda más, dice Walker, el aporte de Carlos Iván Degregori a la comprensión de lo que fue el senderismo. Antropólogo de profesión e izquierdista por convicción, Degregori lamentaría que la muerte truncara un debate necesario con Tito Flores sobre la guerra interna, el llamado “mundo andino” y la naturaleza de Sendero Luminoso. Con Nelson Manrique, al que debemos *El tiempo del miedo*. La violencia política en el Perú 1980-1986, los tres fueron los intelectuales radicales que con más empeño y lucidez intervinieron en la discusión sobre esos tiempos de plagas, para citar el título de la recopilación de artículos periodísticos de Flores Galindo. Si la entereza moral, la voluntad de cambiar la realidad y la desaparición temprana los vincula, es también cierto que las posiciones de Flores Galindo y Degregori frente a Sendero fueron muy diferentes. Walker las sitúa en su contexto y concluye que “la idea de Flores Galindo de que las zonas más pobres, aquellas que no eran parte de la modernidad, tenían más probabilidades de unirse a Sendero, no resultó ser exacta”. Degregori, que conocía de cerca Ayacucho y enseñó en la Universidad de Huamanga, tuvo razón al contradecir esa hipótesis. Por otro lado, pienso que la excesiva cercanía a los actores y los hechos hizo que Degregori viera a Sendero como una “estrella enana” que súbitamente explotó: la metáfora tuvo resonancia, pero es discutible su valor explicativo, porque induce a creer que el senderismo no fue un fenómeno político e histórico, sino una aberración o un accidente. En cambio, Flores Galindo lo ubicó dentro de una larga tradición de autoritarismo y violencia en el Perú. Su aporte más duradero sobre lo que sucedió en la década de 1980 radica, justamente, en la comprensión de que el baño de sangre —insólito y aterrador como era— no ocurría al margen o en contra de la historia peruana.

Con Alberto Flores Galindo: utopía, historia y revolución, Carlos Aguirre y Charles Walker enriquecen, con rigor e inteligencia, el campo de la historia intelectual en el Perú. Acabada su lectura, resulta claro que Alberto Flores Galindo sigue siendo, a treinta años de su muerte, un interlocutor imprescindible.